

# Spanyolul magyarországban: en español en Hungría

Alberto Bruzos

El despertador suena a las 6:25, y aunque ahora, en diciembre, es todavía de noche, hay ya luz y algunos borrachos rondan en torno a los quioscos de tabaco y alcohol y la panadería que hay entre el bloque de apartamentos donde vivo y los de enfrente, grandes colmenas funcionales y anónimas, de fachada cuadriculada y balcones de vidrio verde botella, moles comunitarias comunistas, levantadas en la posguerra para cobijar a los desalojados por la devastación de este país castigado por la historia. Enciendo la radio para acabar de despertarme con la letanía del clima en Debrecen y en las demás principales ciudades de Hungría. Tengo la impresión cada vez más firme de que la mayoría de las conversaciones, al menos las de los húngaros, tienen una materia numérica (precios, días del mes, horas del día, marcadores deportivos, temperaturas), sin duda porque son los números lo mejor de lo poco que entiendo en esta extraña lengua. Es ya un progreso, un humilde paso en mi magiarización, me animo, sobre todo al recordar mis pagos de las primeras semanas, cuando tendía un billete a mi parecer lo suficientemente valioso para cubrir el importe de la compra, y después vaciaba en casa puñados de calderilla en el cajón del escritorio. Mientras desayuno –pausadamente, aunque no tanto como solía cuando era un bendito ocioso–, doy un último repaso a las clases del día, o estudio alguna nueva contorsión gramatical del húngaro. Finalmente, meto mi almuerzo en la mochila y salgo para coger el autobús número 32 o el 31 en la terminal de Doberdó utca, a unos quince metros de mi portal.

Son ya las 7:30, la primera hora punta de la mañana, y en la parada esperan estudiantes, jubilados, oficinistas, señoras con cestos de mimbre que van a hacer la compra, mamás que llevan a sus niños a la guardería, además de hombres y mujeres de actividad y condición indefinida. El rasgo común a todos es la ropa de abrigo y el rictus serio, la nariz colorada por el frío –*minusz három fok*, menos tres grados, han dicho en la radio– y en general un discreto silencio. Y los gorros. Los hay de todos los tipos: gorros de lana, sombreros de fieltro de ala ancha, de ala estrecha, de ala alzada, con visera, con borreguillo, con borlas, con cordeles, con botones, con hebilla, con cremallera, gorras deportivas de tela, de cuero, de piel, gorras de explorador con orejeras, gorros infantiles con cresta de gallo, con orejas de osito, con ojos de rana en la coronilla, pañuelos, capuchas, caperuzas. Las pocas cabezas femeninas descubiertas contribuyen al colorido con sus tintes, mientras que las masculinas parecen desguarnecidas, despeinadas, como recientemente despojadas de su indumentaria. Sería posible clasificar a los usuarios de la línea de autobuses Hajdú Volán atendiendo al tipo de gorro que usan –o que no usan–, y si nadie ha acometido aún esta tarea de una manera sistemática no será por su aparente falta de provecho, pues por la misma razón tampoco se hubieran emprendido cientos de miles de taxonomías igualmente fortuitas, muchas de ellas becasadas.

En lugar de la verticalidad de los autobuses de dos pisos, de connotaciones turísticas, los húngaros cuentan con un modelo de autobús masivo más urbano y proletario, un brazo extendido horizontalmente y articulado en su eje central por medio de una plataforma giratoria y un acordeón de goma, en cuyo interior viajan docenas de equilibristas con parkinson obedientes a la indicación impresa en alguna ventanilla: *Álló utasok támaszkođjanak!* (“Pasajeros de pie, agárrense”); estos vehículos, genuinamente magiars y fabricados en serie durante la era comunista para todos los países del Este –entre otros por quien me lo contó, mi amigo el uruguayo Juan Vallejos–, son los llamados Ikarus, nombre de macabras resonancias mitológicas. El número 32 me deja en la misma Hatvan utca, un poco más adelante de la entrada del Fazekas Mihály Gymnázium, en cuya sección bilingüe de español trabajo como lector nativo. No obstante, a veces cojo el número 31, el cual se desvía antes de llegar a la calle Hatvan, de modo que he de caminar a través de vetustas callejuelas que discurren entre casas de dos plantas y patios vallados. Cojo Cserepes utca, después Jókai utca a la derecha, Mátá utca a la izquierda, Csokonai utca a la izquierda y Zúgó utca a la derecha, desde donde ya puedo ver la plomiza fachada del Fazekas Mihály Gymnázium. En todo el camino habré pasado por delante de un único escaparate, el de una tienda de comida para mascotas (*állateledelbolt*) en la calle Cserepes, y seguramente no me haya cruzado con nadie. Me gusta este paseo matutino de apenas diez minutos desde la parada de Csetete utca; me es simpática la tranquilidad de estas calles que un día fueron el corazón de la ciudad y que, a pesar de seguir siendo céntricas, han quedado aisladas del tránsito humano y comercial. Calles en las que huele a combustión, a calefacción de carbón, con casas cuyas cortinas apenas insinúan la vida; calles solitarias, abandonadas por el hombre y tomadas por hileras de robles cuyas gruesas raíces levantan el asfalto de las aceras, y cuyos negros troncos se encorvan hacia el lado opuesto de la calle, sustrayéndose a la sombra de las viviendas. Recuerdo que una mañana pasé por delante de un coche azul celeste en el que almorzaban encerrados cuatro obreros; los cuatro me miraron y yo los miré fugazmente a los cuatro, después quedaron atrás como si para mí no tuvieran nombre ni jamás hubieran existido, ni yo para ellos.

El edificio que alberga el Fazekas Mihály Gymnázium está en el número 44 de Hatvan utca, la “calle sesenta”, así llamada porque en su época de mayor prosperidad había en ella ni más ni menos que sesenta casas. Me pregunto cuáles de las que veo ahora resisten en pie desde aquellos tiempos legendarios, agrietadas y en apariencia inhóspitas, permanentemente amenazadas de demolición y desahucio. En la actualidad, Hatvan utca es una gris arteria que une, de este a oeste, Kossuth Lajos tér, el fotogénico centro de Debrecen, y Segner tér, otra línea terminal de autobuses urbanos. A medida que se aleja del centro, la calle Hatvan se afea y embrutece: el asfalto se llena de socavones, los márgenes, de arrabales y viviendas ruinosas, con tejados casi verticales y modestos negocios en los bajos. Al principio, los comercios húngaros me daban la impresión de hallarse abandonados o, al menos, al borde de la quiebra, pues vengo de un país recién, misteriosa y repentinamente enriquecido, donde ya sólo se ven escaparates luminosos, modernos, saludables y repletos de seductores productos y últimas novedades, signos de una prosperidad comercial real o meramente creada y reclamada por ellos.

El instituto comparte con su entorno ese aire de orgullosa nobleza empobrecida esencialmente húngaro. Se fundó en 1873, como proclama una discreta placa en el recibidor, aunque fue en 1922 cuando tomó el nombre de Fazekas Mihály, célebre botánico y poeta local. Fazekas, quien nació en 1766, fue el autor del primer herbario escrito en magiar (*Magyar fűvéskönyv*) y también de la popular fábula de Ludas Martyi, un astuto campesino criador de ocas que, habiendo sido ofendido por su señor, logra vengarse

golpeándolo en tres ocasiones tras otras tantas tretas. En la actualidad, el Gimnázium cuenta con 868 estudiantes y tiene 65 profesores en plantilla, a los que hay que sumar los dos porteros, las señoras de la limpieza y los obreros que se afanan a diario para rejuvenecer sus vetustas instalaciones. Seguramente fuese a estos últimos, y no tanto a los profesores de literatura que se los cruzan por los pasillos con el noble cometido de divulgarlo, a quienes József Attila se dirigía al componer su poema *Munkások* (Obreros): “*De –elvtársaim!– ez az a munkásság, / mely osztályharcban vasba öltözött*” (“Mas, camaradas, éste es el proletariado, / el que en la lucha de clases vistió de hierro.”) Helos aquí a todos, sin embargo, igualados hoy por la lucha en las clases, unos fuera y otros dentro de ellas, todos camaradas proletarios, las manos de unos manchadas por el polvillo de la cal y las de otros por el de la tiza.

La sección bilingüe de español es muy joven: comenzó a funcionar en el curso 2000-2001, de modo que será precisamente este año cuando la primera promoción de estudiantes complete los cinco años de estudios que constituyen el bachillerato. La sección es el resultado de un convenio entre la alcaldía de Debrecen, la dirección del instituto y la Embajada de España en Hungría (“sobre la base de las directrices fijadas en los decretos 26/1997 y 8/2001 del Ministerio de Educación Húngaro y en el marco del Programa de Cooperación Cultural y Educativa entre el Gobierno de España y el Gobierno de la República de Hungría”). En la práctica, según la directora de la sección, la profesora Rivesné Kiss Zsófia, es la Agregaduría de Educación española la que aporta la mayoría del capital necesario para sostener el proyecto, por ejemplo todo el material didáctico y bibliográfico disponible (libros, diccionarios, videos, discos de DVD), e incluso los carteles que decoran el “aula de español”. La Agregaduría ofrece además becas, viajes e intercambios para los mejores alumnos, quienes los aprovechan para acercarse al “país de sus sueños”, con el que mantienen un idilio difícil de entender para el español nativo, y un tanto embarazoso si se considera la falta absoluta de correspondencia por nuestra parte hacia la cultura húngara. (He de confesar que yo mismo no sabía apenas nada de Hungría antes de saber que iba a vivir y trabajar aquí. Y es que el tráfico de información –de noticias en prensa, de traducciones, de difusión de obras artísticas, etc.– entre España y Hungría es en la actualidad como un embudo, con la boca amplia orientada hacia Hungría y la estrecha –pero que muy estrecha– hacia España. A mi país no llegan apenas noticias de Hungría, mientras que en la televisión o los periódicos húngaros aparece todas las semanas alguna noticia española; sobre todo deportivas –los avatares de las inevitables estrellas futbolísticas españolas, así como de otros deportistas de elite, por ejemplo, Fernando Alonso, quien ganó dos años en Budapest su primer carrera–, pero también políticas y de sociedad; incluso el descubrimiento de tres lince en las colinas de Toledo llegó a las páginas del diario local *Napló*. En cuanto a las traducciones, en los últimos años se han editado en España algunas obras de autores como Márai Sándor, Eszterházy Péter, Nádas Péter, Kosztolányi Dezső y el reciente Premio Nobel Kertész Imre. Pero la poesía, sin duda la expresión máxima de la literatura en lengua húngara, permanece prácticamente inédita en bloque. Por no hablar del cine o la música húngaros, fuera ambos de las redes de distribución comerciales, en las que impera todavía con mayor fuerza la objetividad del euro y el dólar.) El apoyo económico del Ministerio de Educación y Ciencia español resulta también fundamental para compensar la gran diferencia entre el sueldo húngaro de un profesor de secundaria y el que corresponde al mismo trabajo en España, desproporcionada con la que existe entre el nivel de vida de ambos países: los productos de primera necesidad son un poco más baratos en Hungría, por ejemplo el pan y la leche vienen a costar un 70 o un 75% de lo que cuestan en España, mientras que el salario de

un profesor de secundaria anda en torno a una tercera parte del de su homólogo español. Esto hace que sienta por mis colegas húngaros una especial admiración y simpatía, pues entiendo que han elegido su trabajo por vocación o por locura, razón y sinrazón mucho más respetables que el acomodo a una golosa retribución salarial de por vida. Así, aunque los tres lectores españoles del F. M. G. tenemos un contrato profesional con el propio instituto, recibimos además una ayuda económica y una bolsa de viaje del MEC español, que es el organismo que ha convocado, seleccionado y aprobado nuestra colaboración en el programa de las secciones bilingües. Este proyecto de cooperación con institutos bilingües del MEC no se limita a Hungría, sino que incluye asimismo centros de Bulgaria, Eslovaquia, Polonia, Rumania, la República Checa y Rusia, hasta completar un total de 82 plazas para docentes españoles, en su mayor parte licenciados en Filología Hispánica o Eslava, pero también en Matemáticas, Biología, Física, Geografía o Historia. En cuanto a las secciones húngaras, sólo la del Károlyi Mihály Gimnázium de Budapest es anterior a la del M. F. G. de Debrecen, mientras que las de Miskolcs y Pécs arrancaron en el curso 2001-2002. A éstas cuatro se les unirá el próximo curso, 2005-2006, una nueva sección en Szeged.

Hay que decir que, al menos en Hungría, los alumnos de las secciones bilingües —no sólo de español, pues de hecho en el F. M. G. existe una sección paralela de francés— tienen que completar un curso más que sus compañeros; este curso adicional es el primero de la enseñanza bilingüe (el llamado 9B), y en él los alumnos reciben 20 horas semanales de clase en español. Los componentes de 9B son este año 17 chicos (en concreto 4 chicos y 13 chicas) de unos 14 años que nunca antes habían estudiado español, de ahí su inmersión de 20 horas semanales en la lengua, la mitad de las cuales las imparten profesores húngaros que se encargan de explicar la gramática, mientras que el resto nos corresponde a los lectores españoles, quienes atendemos más bien a la comunicación, conversación y comprensión. Al final del primer semestre (el 21 de enero), ya no es necesario hablarles con la simplicidad y la gesticulación iniciales: su vocabulario cubre ya los aspectos más básicos (las personas, las compras, los oficios, las ciudades, la comida, el tiempo, los viajes, etc.), y los más aventajados manejan ya con soltura todos los tiempos verbales del pasado de indicativo, las estructuras comparativas, los pronombres de objeto, e incluso los de relativo. Así, no es de extrañar que los informes de la liga española de fútbol con que Dani y Krisztián me reciben los lunes en la puerta del aula sean cada semana más gráficos y pormenorizados.

Además de 9B, la enseñanza de la sección bilingüe comprende otros cuatro cursos. En ellos, además de las pertinentes clases en húngaro, las clases de lengua española propiamente dicha se combinan con clases de civilización, historia, matemáticas y biología en español. Estos cuatro cursos son 10B (que este año cuenta con 19 alumnos), 11F (16 alumnos), 12F (19 alumnos) y 13F (16 alumnos, los cuales preparan este año el trascendental examen de bachillerato —*Érettségi vizsga*—, del que depende en buena parte su futuro como estudiantes universitarios; es una costumbre húngara que los alumnos de este último curso, los *végzők* o “alumnos que acaban”, porten una condecoración que los distingue y que además identifica el *gimnázium* al que pertenecen, la cual se les impone en una impresionante ceremonia con himno nacional, baile, discursos, lectura de poemas y muchísimo público). En total, pues, la colonia española del F. M. G. está compuesta por 87 alumnos y siete docentes: cuatro profesoras húngaras (la directora de la sección, Rivesné Kiss Zsófia, y las profesoras Tokai Andrea, Kemecsei Éva y Lukács Eszter) y los tres lectores españoles (Miguel Ángel Domínguez, profesor de Biología, Yolanda Díez, profesora de Matemáticas, y un servidor, profesor de Lengua y Civilización españolas).

Todas las instituciones, empresas u organismos tienen una cadencia y un carácter propios, a los que el recién llegado se agrega y con los que, dependiendo de su propia personalidad, se siente más o menos identificado y satisfecho. El Fazekas Mihály Gimnázium es tranquilo y humilde, como un solterón obeso y melancólico, de rasgos adiposos y narcotizados –similares a los de Flaubert en su retrato más célebre–, pantalones con manchas de grasa y coderas en la chaqueta, aficionado al *gulyás* y al violonchelo. Los colegas húngaros se toman la vida con calma, casi a la española, sin sobresaltarse cada vez que suena la estridente señal que da por terminadas las clases y los descansos de diez minutos entre clase y clase. Además, como los húngaros en general, son francos y naturales: visten de manera funcional y sencilla, se cambian los zapatos por zapatillas o sandalias para estar más cómodos dentro del instituto, comen en la propia “sala de profesores” (*tanári szoba*) un bocadillo, una *pogácsa* (pastelillo salado húngaro), una manzana, o en muchos casos el almuerzo que traen preparado de casa, que guardan en el frigorífico y pasan por el microondas, accesorios que, junto al lavabo con calentador incorporado y el apetitoso aroma de la comida recalentada, contribuyen al ambiente familiar y hogareño de la sala de profesores. Algunos compañeros incluso se traen la compra al instituto, y así no es raro ver aparecer a la sonriente y vitalista Nóra, una de las bibliotecarias, empujando su bicicleta escaleras arriba, con una cesta de mimbre llena de manzanas, leche, pan y verduras. Incluso un día se presentó un vendedor de hortalizas durante el recreo de quince minutos de las 10:35, y la sala de profesores se volvió un improvisado y animado mercado de lechugas, colinabos y flores.

En cuanto a los alumnos, son muy distintos de los que uno se encuentra en la secundaria española. Serios, disciplinados, sumisos, reciben a sus profesores húngaros en pie, hasta que estos les indican que pueden sentarse –gesto de pleitesía al que renunciamos tácitamente los lectores españoles, con quienes los alumnos tienen una relación más nivelada y cercana; ¡aunque algunos de mis alumnos de 9B y 10B siguen irguiéndose tiesos como un resorte cada vez que entro en el aula! ¿Auténtica devoción? ¿O más bien condicionamiento operante pauloviano?–. Los más díscolos, los “duros”, no destacarían en el contexto de un grupo de secundaria en España, donde se confundirían con la populosa clase media de la indisciplina y el desinterés. Lo que en ningún caso he visto es agresividad, ni siquiera latente: para los alumnos húngaros, el profesor sigue perteneciendo a otro mundo, el de los adultos, y dentro de él a otra clase, la de los maestros, y a ambas les debe sí bien ya no veneración, sí por lo menos respeto. Esto se nota por ejemplo en la humildad con que acogen la más leve reprimenda, sobre todo si entienden que es justa; humildad que no responde a la supresión de un mal llamado orgullo, sino precisamente a que la mayoría de estos chicos conserva aún un sentimiento de orgullo auténtico y bien fundado, que nada tiene que ver con el gratuito y prepotente descaro cada vez más común entre los adolescentes, cuyo reverso es el absentismo y la infantilización de los adultos. A decir verdad, es probable que los alumnos del Fazekas Mihály no den el perfil típico de la adolescencia húngara, pues si ya Debrecen es de por sí una ciudad conservadora, tradicional y de mentalidad calvinista, nuestro *gimnázium* tiene además una reputación local en cuanto al cuidado de las formas y la disciplina.

Igual que nadie echa de menos una corbata hasta que se encuentra rodeado de caballeros que la llevan, yo nunca me había sentido español hasta que dejé mi país para enseñar su lengua, su historia y su literatura. Así, sin haberme preparado ni propuesto para ello, me he convertido en un inesperado embajador cultural de mi país, en un espécimen viviente de español: de lo que yo diga y haga dependerá en buena parte la idea que mis alumnos puedan hacerse de esa abstracción (la *españolidad*) de la que

súbitamente me he vuelto representante. La “distinción” del extranjero tiene su lado malo en el aislamiento y en la impotencia que se siente a menudo ante gestiones que hubieran sido insignificantes en España (y en español), y que aquí (en húngaro) carecen de significado palpable. Pero la inopia también tiene su lado positivo. A los españoles, por ejemplo, se nos dispensa de gran parte de las tareas que acompañan a la enseñanza propiamente dicha: reuniones, pruebas de acceso, atención a los padres de los alumnos. Aparte de que, para nosotros, la en este caso rigurosamente hermética burocracia se reduce en su mayor parte a rubricar consintiendo, a excepción de cumplimentar a final de mes los intrincados partes de sustitución y el *napló* a diario. Cada grupo tiene su *napló* (literalmente: “diario”), que es un libro de formato A4, encuadernado en tapa dura y con un forro de suave borreguillo de color marrón (salvo en el caso excepcional de 13F, cuyo forro es de color blanco), en donde, hora tras hora, día tras día, semana tras semana, mes tras mes y semestre tras semestre, quedan consignadas por escrito todas las incidencias (faltas, notas, contenido de las clases), sean significativas o insignificantes. Todavía recuerdo la angustia con que seguí en la primera semana una rápida iniciación en el buen uso de esta especie de libro de bitácora del curso escolar, que incluye además los nombres, direcciones y teléfonos de contacto de los alumnos y los de los padres de los alumnos. Sin embargo, qué poco dura el estupor cuando aún se es joven; un ser humano joven todavía conserva un sistema nervioso dúctil, el cual se amolda confiado a hábitos inimaginables; en la juventud, la conducta es dócil y fluida, y así no he tardado en mimetizar la suficiencia con que los colegas húngaros, nada más salir de clase, echan mano mecánicamente del correspondiente volumen –archivado en su casillero, en la sala de profesores, según se entra a la derecha– para, por así decirlo, ponerle un título a la lección y echar la firma en el hueco pertinente. Y es tan conmovedor contemplar cómo van ajando e individualizando el orden abstracto de las páginas tabuladas la caligrafía y la tinta de cada profesor y cada útil de escritura, sumando aquí y allá mancillas e injurias a la severidad de los tomos: tachones, correcciones (marcadas con la abreviatura *jav.*, de *javítás*, y las iniciales del responsable), anotaciones que trascienden los márgenes, grandes aspas azules que anulan los días festivos, inscripciones ilegibles; en suma, el caos se venga del orden, o más bien es engendrado por el desbordamiento de un orden excesivo, como una de las ilustraciones que reclaman los versos de Wallace Stevens: “a) *A violent order is disorder; and / b) A great disorder is an order. These / Two things are one. (Pages of illustrations.)*”

El *napló* recoge además las notas de los alumnos, naturalmente según una escala autóctona que va del uno al cinco. Esta escala, ya de por sí reducida para quienes llegamos acostumbrados a calificar del cero al diez, es todavía más estrecha en la práctica. Así, no basta con puntuar como toda la vida y dividir entre dos, sino que hay que adoptar el nuevo baremo como una lengua nueva, pensando en sus propios términos sin traducir desde el sistema nativo. Para empezar, solamente el uno (*egy*) es un suspenso, lo que significa que un dos (*kettő*) es ya un aprobado, aunque se trata de una nota que no satisface a nadie, como en realidad tampoco el tres (*három*), por lo que en la práctica lo que más abundan son los cuatros (*négy*) y los cinco (*öt*), cifras enteras entre las que queda confinado el juicio del profesor, sin apenas margen para distinguir a sus alumnos.

Además de las clases, hay otras actividades extraescolares optativas relacionadas con la lengua y la cultura españolas (charlas, lecturas de poesía, fiestas), entre las que destaca el taller de teatro integrado en el proyecto *Tragaluz*. Aunque la actividad de teatro ya se venía desarrollando tradicionalmente, este curso es el primero en que funciona este proyecto didáctico como tal, común a los cuatro institutos con sección bilingüe del país y promovido por la Agregaduría de Educación, a cuyo frente está Marta Cerezales

Laforet. *Tragaluz* consiste en un taller de arte dramático en que, por un lado, cada *gimnázium* prepara la representación de una obra de teatro en lengua española (partiendo de la adaptación y reescritura del texto), con alumnos húngaros como actores y bajo la dirección de profesores de la sección, y, por otro lado, se imparten clases de escenografía, escritura dramática, vestuario, títeres, etc. Para ello recibimos un día a la semana la visita de un profesional del mundo del escenario, Carlos Rodero, quien de lunes a jueves cruza el país en tren con su afabilidad, sus tratados de dramaturgia y su oficina portátil. De él aprenden no sólo los alumnos, sino también –y en nuestro caso diría *sobre todo*– los profesores, a quienes trata de inculcar pacientemente (“las cosas llevan su tiempo”) la ortodoxia del drama.

A mediados de febrero tiene lugar el ENIBE (Encuentro Nacional de Institutos Bilingües de Español). Se trata de un evento con concursos de todas las categorías y niveles imaginables (civilización, conversación, vocabulario, redacción, recitación de poesía, recitación de prosa, traducción, cachondeo) y apenas tiempo para nada más que rivalizar con los alumnos de los otros centros. De hecho, el ENIBE manifiesta una de las características esenciales de la mentalidad húngara: la competitividad, el afán de superación de la adversidad y el adversario, la veneración por el heroísmo intelectual y deportivo de un país derrotado en demasiadas contiendas bélico-políticas. Es ahí donde reside el secreto de que un país más pequeño y económicamente más pobre que España triplique su número de medallas en los Juegos Olímpicos. Como también es ese sentimiento de exaltación épica el que fragua las estatuas de bronce de glorias nacionales y locales que ocupan los paseos y las plazas, en su mayor parte de poetas, pues más aun que en España los vascos, el pueblo húngaro se identifica y enorgullece ante todo por la singular raigambre de su arcaica y fascinante lengua. Pero el centro de las competiciones del ENIBE es el teatro. Allí se pone en escena un fragmento de unos veinticinco minutos de cada una de las obras preparadas en los cuatro institutos (Budapest, Debrecen, Miskolc y Pécs). El fin es seleccionar dos de ellas para que representen a Hungría en un festival internacional, en el cual ya participan todos los países con secciones bilingües financiadas por el MEC español. La organización de ambos eventos es rotativa, y así por ejemplo el ENIBE se celebró el año pasado en Debrecen y este año en Budapest, mientras que el festival internacional de teatro, que el año pasado fue en Moscú y el anterior en Cracovia, será entre el 16 y el 23 de abril de 2005 en Bratislava. Y allí estará el grupo del Fazekas Mihály Gimnázium, con la adaptación de la obra de Sergi Belbel *Antes de la lluvia*, tomándose una pequeña revancha de la competición del año pasado, en la cual la suerte estaba ya echada de antemano, pues en el presupuesto de nuestro humilde instituto no cabían los gastos de un viaje a Moscú para un profesor y ocho alumnos.

¿Y el futuro? ¿Cuál es el futuro de los institutos bilingües de español en la Europa Central y del Este? El Fazekas Mihály Gimnázium es un buen ejemplo de que en la actualidad existe un interés creciente por los estudios de bachillerato bilingües en español. Este año ha habido en torno a cien aspirantes a entrar como alumnos de primer curso (9B) en el 2005-2006, solicitudes que por desgracia desbordan la capacidad de nuestra sección, que solamente podrá acoger a 16 de esos nuevos alumnos. Las aulas no van a quedarse vacías, por este lado la continuidad parece más que segura. Lo que no está tan claro es el aspecto político y financiero de la cuestión. ¿Habrán cambios tras la anexión de estos países a la Unión Europea, de la que por ejemplo Hungría forma ya parte? A nadie se le escapa que financiar este proyecto educativo supone un gasto que tal vez el gobierno español quiera reconsiderar una vez que los países beneficiarios sean oficialmente “europeos”. Sea como sea, el dinero que se destina a este programa debe

entenderse como una inversión y jamás como beneficencia. Pues se trata de sumas invertidas en la difusión de la lengua y la cultura españolas. Y no desde luego en la difusión tópica y simplista de una campaña de propaganda, la cual vuelve cualquier contenido, por serio y profundo que fuera, un mero producto de consumo revestido de una mitología y un espíritu esperpénticamente sucedáneos. El trabajo diario en un centro educativo produce en cambio una difusión real, perenne y sedimentaria. Que se entienda bien: ninguno de mis alumnos va a ser un Lawrence de Arabia, no van a dejar de ser húngaros para ser españoles, ni siquiera van a ser tan españoles como húngaros, y si se diera el caso no se debería sólo a la educación que hayan recibido en el instituto bilingüe, sino más bien a razones personales o a las llamadas “circunstancias de la vida”. Estos centros no crean ni están para crear una bipolaridad cultural, sino para facilitar una comunicación auténtica entre dos culturas distintas, una hermandad basada en el mutuo conocimiento y simpatía de sus respectivos modos de vida, los cuales trascienden el mero conocimiento de la lengua. Sólo en la medida en que se persigan y se logren objetivos de esta índole, el concepto “unión europea” se sustentará sobre un fundamento más sólido y más solidario que el mero interés económico. De otra manera, la palabra “Europa” no nombrará más que un enorme mercado, y “europeo” será sólo la marca de una comunidad internacional de consumidores y bienes de consumo.

Si algo ha de cambiar, en definitiva, no debería ir nunca en contra de lo ya conseguido, sino al contrario tratar de desarrollar sus objetivos, sus medios y sus logros. En este sentido, quizá lo más urgente sería unificar los planes de estudio de las asignaturas en español para todos los institutos bilingües del programa. Naturalmente, esto es difícil de llevar a la práctica, pues se trata de casi 40 centros repartidos entre siete países, con una legislación y unas costumbres educativas propias en cada caso; pero sí que sería positivo establecer, en la medida de lo posible, un conjunto de criterios, contenidos, objetivos y pautas de trabajo que sirvieran de guía para el funcionamiento de las secciones, con independencia de quienes desempeñen cada año el papel de profesores nativos. La “voluntad de unificación” podría empezar por el mero hecho de asignar un buen libro de texto para cada asignatura. Con *bueno* quiero decir que sea apto para el nivel de comprensión de adolescentes cuya lengua nativa no es el español, lo que descarta todos los libros de bachillerato españoles. De momento, la ausencia de ese “libro ideal” ha de suplirla el profesor adaptando los materiales de textos de bachillerato españoles, los cuales sin embargo no están diseñados para alumnos que no tienen el español como lengua materna y por tanto no son adecuados para su uso en las aulas. Esto tiene bastantes repercusiones negativas sobre el rendimiento de los alumnos extranjeros y el trabajo del profesor. Los primeros carecen de un libro de texto ordenado y con contenidos preparados para su nivel que pueda servirles de referencia. En general, los alumnos de estas edades no destacan por su capacidad de concentración, de modo que muchas veces se encuentran despistados, memorizan datos que no saben ubicar en un conjunto coherente (lógico, cronológico y conceptual) y que por tanto no llegan a fijar en su memoria y olvidan rápidamente; da lástima verlos almacenar y traspapelar las fotocopias que reciben a diario. Por su parte, el profesor ha de multiplicar sus esfuerzos: ya no sólo ha de explicar, sino que además debe recopilar y adaptar los temas elegidos, consultando para ello numerosos manuales y volviéndose un Kurt Schwitter del collage escolar. El resultado de este trabajo es siempre demasiado provisional y quizá también aleatorio, pues depende del buen juicio del docente, de su disposición y también de los medios de que disponga en la biblioteca del centro. En definitiva, el propio currículo de la asignatura acaba siendo circunstancial, pues depende plenamente del profesor que lo elabora. Esto cambiaría de contar con un manual aprobado por el



Ministerio de Educación y Ciencia como válido para la docencia en todas las secciones bilingües de español. Con él, los alumnos tendrían un libro que les serviría como punto de referencia permanente, mientras que el profesor contaría también con una inestimable guía que agilizaría su labor tanto en el aula como fuera de ella. Dispondría de los contenidos adaptados a la condición lingüística de sus alumnos (hablantes no nativos del español), de modo que podría aprovechar el trabajo de recopilación y adaptación personal ahorrado para desarrollar otras actividades sugeridas por el mismo libro de texto o diseñadas por sí mismo. En fin, el currículo de cada área de enseñanza (lengua, literatura, geografía e historia, matemáticas, biología) dejaría de ser un vago y amplísimo campo a acotar, parcelar y definir por cada profesor, adquiriendo la objetividad y oficialidad propias de una docencia programada por el MEC español.